

## Una novela como colección imaginaria

### *Museo voraz*

ANGÉLICA ÁVILA FORERO

Laguna Libros, Bogotá, 2020, 208 pp.

LA VORACIDAD es una característica, si no la principal, de la novela como género literario. Desde el *Quijote*, la narrativa larga de la modernidad ha sabido devorar los registros de todo tipo de textos, de la poesía a la crónica, pasando por el ensayo y el teatro, sin distinción. Para bien o para mal, esta característica se ha tornado en intención, muchas veces llamada “propuesta”; y otras tantas ha sido la piedra angular de la escritura novelesca y de su recepción favorable o desfavorable. Y para el caso de *Museo voraz*, la ópera prima de Angélica Ávila Forero publicada por Laguna Libros, la propuesta se trató de hibridar la narración con el discurso sobre el arte.

*Museo voraz* tiene una narrativa sencilla: una joven, posiblemente la autora misma o un personaje formulado a partir de esta, como tantos personajes de la llamada autoficción, vive el tedio del encierro imaginando que roba obras de arte para hacerse un museo. No una colección privada, sino una personal: un museo, donde pueda haber visitas y exhibición permanente. Las obras allí “expuestas” son solo de artistas mujeres colombianas, y no están escogidas por otro motivo que el gusto personal de la autora y su capacidad para percibir ecos y relaciones entre ellas.

Como narración, o mejor, como relato, es más bien poco lo que nos alcanzamos a llevar a lo largo de las doscientas páginas: un puñado de veces vemos al personaje robar algo –no hay la más remota pizca de tensión o dificultad, valga la aclaración para quien entiende por robo una acción un poco más convencional y entretenida– o hacer algo con lo que tiene entre sus manos imaginarias. En la mayoría de los capítulos solo la vemos observar las obras, describirlas profusamente e inyectarles con su mirada e imaginación una nueva vida. También la vemos pensar de vez en cuando en el diseño y la disposición del museo, aunque casi siempre se trata de pequeños insertos entre una obra y otra. El libro se compone de breves capítulos,

por norma, titulados con los nombres de las artistas que hicieron las obras “robadas”. Y poco más: se trata de una colección de escritos cortos sobre arte hecho por mujeres, ensartados como cuentas por un relato sin ambages ni sobresaltos. Y aunque la propuesta en sus detalles está bastante afilada, puede ser una lectura al menos desconcertante y posiblemente aburrida para lectores no especializados, o a la espera de otra de las maravillosas novelas que usualmente se encuentran en el catálogo de Laguna Libros.

Ávila Forero no solo decide hacer una selección de obras de artistas mujeres colombianas: los hombres están reducidos a los irónicos “señor” y “señores” con que los nombra en caso de necesidad. En este tipo de detalles es reconocible el gran manejo de la ironía que, en una que otra página, ofrece la autora: sutileza que me sacó una risa y alguna sonrisa, más de una vez, a lo largo del texto. En cuanto presentación de ese lado de la historia del arte colombiano, sin duda ignorado o mucho menos visibilizado que el de sus contrapartes masculinas, *Museo voraz* es valiosa, y se basta para destacarse. Le estoy muy agradecido a la novela por la presentación de tantas artistas, más allá de las ya sonadas Doris Salcedo o Clemencia Echeverri, cuyo mérito y obra también hablan por sí mismos.

También es de agradecer una declaración de intenciones que lleva por título “Palabras que no usaré para hablar de arte”. Además de ser un gran chiste, como lo ha señalado la autora en entrevistas, se trata de una lista de términos que frecuentan –aunque a mi juicio invaden hasta el hartazgo– el discurso contemporáneo más usual sobre el arte: abstracción, anacrónico, arquetipo, código, concepto, condición humana, deconstruir, dialogar, discurso, emergente, encuadre, etcétera, explorar, hegemonía... Como apuesta estilística, y signo de la ironía con que la autora es capaz de situar su texto, es de un valor significativo.

No obstante, mentiría si dijera que fue una lectura capaz de hacerme ver algo nuevo. En ocasiones intenté buscar las obras de las que hablaba Ávila Forero, pues la descripción y la prosa de la autora fueron mucho más agradables y dicientes en los capítulos

dedicados a Salcedo y a Echeverri –cuyas obras sí conocía–. Pero no fui capaz de dar con ellas.

A lo mejor no las busqué bien. O no las supe buscar porque son artistas que han pasado invisibles, tantas veces, por la historia del arte –como bien cuenta la protagonista de la novela en una pequeña descripción que hizo de una clase en la universidad–. A lo mejor muchos no sabemos buscarlas. Quién sabe. El libro puede ser la frustrante experiencia de pasar por las páginas de prosa prístina como por las paredes blancas de un museo convencional vaciado de las obras, anhelando encontrarse con alguna de estas o que pase algo. Tal vez todo sea el chiste, el grito de una ausencia que señala con un dedo ese lugar donde no vemos la obra de tantas personas. Quizás. El hecho es que no lo sé.

Mientras leía alguno de los capítulos –me es imposible recordar cuál, aunque terminé el libro hace horas– pensé en las palabras de un “señor”, justamente Luis Caballero, quien en algún momento dijo que ya no iba a salones porque no había nada que ver sino textos para leer. Me incomodó pensar eso, porque después de leer la promesa de Ávila Forero de no usar las palabras que, precisamente, tanto fastidiaban a Luis Caballero, yo quise que esta fuera una lectura apasionante, refrescante, desacademizada del arte. Y desacademizada sí está, y bien escrita también, pero la sensación que me quedó fue el desconcierto de recorrer unas salas blancas (aunque ella tanto insistiera en pintarlas de colores) donde solo pude ver al guía hablándome. Me quedó el recuerdo del sombreado de polvo alrededor de algunos cuadros y los rayones en el piso de alguna que otra instalación.

**Jorge Francisco Mestre**